



Ricardo Monreal

Cuando el éxito se mide en *likes*

Hubo un tiempo en que el éxito se medía en procesos largos: años de estudio, trayectorias construidas con paciencia, errores corregidos a partir de la experiencia, trabajos y aportes sociales trascendentales.

Hoy, en cambio, el termómetro social cabe en la palma de la mano. Un número frío —likes, vistas, seguidores— decide qué vale, quién importa y qué merece atención. No es tan relevante lo que se construye ni cómo se construye, sino lo que se ve. No importa el impacto real, sino la reacción inmediata.

Las redes sociales no inventaron la necesidad de reconocimiento, pero sí la convirtieron en mercancía. El aplauso ya no llega al final del esfuerzo, sino al inicio del espectáculo. Antes se trabajaba para lograr algo y luego contarla; ahora se cuenta algo para que parezca un logro. El orden se invirtió y, con él, la noción misma del mérito.

En este nuevo ecosistema, el éxito es instantáneo, pero también frágil. Dura lo que dura la atención del algoritmo. Un video viral puede convertir a alguien en referente durante 24 horas, y al día siguiente, en un recuerdo borroso desplazado por la siguiente tendencia. No hay tiempo para la profundidad, porque la profundidad no se comparte bien. No genera dopamina rápida ni métricas atractivas.

El problema no es que existan los likes, sino que se hayan vuelto criterio de valor. Una científica con décadas de investigación puede tener menos visibilidad que algún creador de contenido que, en treinta segundos, resume mal un tema complejo. Una maestra que transforma vidas no compite en alcance con un influencer que vende motivación.

Tal vez el verdadero acto subversivo de esta época sea volver a medir el éxito con otros parámetros: coherencia, utilidad social, transformación concreta, dignidad en el proceso. Tal vez haya que aceptar que no todo lo valioso será viral y que no todo lo viral es valioso. Desarrollar un criterio objetivo y realista fuera de la influencia momentánea de las redes sociales es realmente el reto de esta época y generación. Cuando el éxito se mide solo en likes, se gana visibilidad, pero se pierde sentido.

ción en frases vacías. El impacto real, silencioso y acumulativo pierde frente al ruido constante de la autopromoción.

Esto ha modificado incluso la forma en que las personas se perciben a sí mismas. Muchas ya no se preguntan si lo que hacen es útil, justo o necesario, sino si será compatible. La pregunta ética fue reemplazada por la pregunta estética: ¿se ve bien?, ¿funciona en formato vertical?, ¿provocará reacción? La vida se edita antes de vivirse. Y no se trata de entrar en un estado de confrontación con las redes sociales, sino simplemente resaltar que hemos convertido el pensamiento y la crítica en ideas pasajeras y frías.

La política, la cultura y hasta la soli-



daridad cayeron en esta trampa. Importa más la foto ayudando que la ayuda misma; más el discurso incendiario que la propuesta viable; más la indignación viral que el cambio estructural. Se confunde visibilidad con influencia, cuando una no garantiza la otra. Tener audiencia no es lo mismo que tener impacto.

Esta lógica también produce ansiedad. Si el valor personal se mide en números públicos, cualquier caída se vive como fracaso. El silencio digital se interpreta como irrelevancia. Se corre sin pausa en una carrera que no tiene meta, solo ranking. Y mientras tanto, el trabajo lento, profundo y transformador queda relegado a la invisibilidad, a la falta de reconocimiento.

Pero el impacto real rara vez es inmediato. No siempre es fotogénico. A veces ocurre en aulas, comunidades, procesos largos, conversaciones incómodas o decisiones que no generan

aplausos. El impacto real no siempre se puede monetizar ni convertir en tendencia, pero es el único que deja huella.

Tal vez el verdadero acto subversivo de esta época sea volver a medir el éxito con otros parámetros: coherencia, utilidad social, transformación concreta, dignidad en el proceso. Tal vez haya que aceptar que no todo lo valioso será viral y que no todo lo viral es valioso. Desarrollar un criterio objetivo y realista fuera de la influencia momentánea de las redes sociales es realmente el reto de esta época y generación.

Cuando el éxito se mide solo en likes, se gana visibilidad, pero se pierde sentido. Y una sociedad que confunde atención con trascendencia termina aplaudiendo sombras de marionetas mientras ignora las manos que las sostienen.

ricardomonreal@yahoo.com.mx

X: @RicardoMonrealA